

el incidente de Venezuela otras cosas acaecen: la carta de Gallegos y Eloy Blanco es bien explícita: al darse el golpe militar se violaron "los principios consagrados por las naciones del mundo para el resguardo de la seguridad, de la libertad y de la dignidad humanas". El Presidente de la República, Senadores, Ministros y agentes de toda clase fueron encarcelados sin formulación de causa. Y el reciente cable anunciando la libertad de unos cientos de presos políticos, no hace más que confirmar el estado de agitación y de temor en Venezuela. Leyendo la lista de los interesados en las cárceles se percata uno de que está incluido todo el que tiene algún valor político o intelectual.

La comunicación enviada al Secretario General de las Naciones Unidas, fué acompañada por una relación parcial de los apresados. Y el hecho anunciado por el mismo Delgado Chelbaud, de que algunos de los prisioneros fueron libertados, evidencia irrefutablemente el delito cometido por su régimen. No es posible mantener un gobierno en permanente estado de coacción, ni puede restringirse indefinidamente a quienes gozaron del voto y de un mandatario electo por gran mayoría y agasajado por los hombres de más temple de la América Hispana. Y fueron éstos los que al consumarse la fechoría, se agruparon alrededor de Gallegos para ofrecerle su apoyo moral: Iduarte, Arciniegas, Ortiz, *Cuadernos Americanos*, *Bohemia*, y cientos otros que anónimamente, sin ser venezolanos, ofrecían su modesta ayuda al magistrado depuesto.

Y es esto lo que interesa: el asunto de Venezuela, ahora, es ya patrimonio de la América entera. Lo que en ella acontezca nos incumbe a todos. Si por un acaso, la administración militar logra estabilizarse, habrá sido un daño de inconcebibles consecuencias para nuestros países. Si retorna a Venezuela un gobierno popular, que respire y huela a pueblo, que sienta como pueblo y que actúe como pueblo —tal como la inició el del Presidente Gallegos— se habrá dado un estímulo inconmensurable a las naciones que se devanean entre un gobierno civilista y el halago a las castas uniformadas. De militarismo ya estamos hastiados en América, y su persistencia aniquilará permanentemente lo que de vitalidad queda. El caso de Venezuela es el caso de América. Librémosla de su estado y habremos allegado una de las mejores victorias.

En Lake Success la pregunta es: ¿está ya incluida Venezuela en la Agenda? A un indio vi que se preocupaba por la carta que se le envió al Secretario General, Trygve Lie. Es responsabilidad que no puede evadir país alguno. Hay cosas que aun en política internacional, donde se cuentan con mucha cautela los pasos, no son para rehuídas: ésta es una de ellas, especialmente para naciones como las nuestras, directamente interesadas y sufrientes en muchos casos.

Comprendo que les sea fácil a ciertos delegados regodearse en el salón de descanso y aparejarse un cocktail sabrosamente, mientras que tras de sí queda la responsabilidad de votar por una causa digna y legítima de defensa. Entiendo que a otros les resulten indiferentes las penalidades de las gentes, por estar ya endurecidos en la práctica diplomática, y que haya quienes sonrían ante la proposición venezolana de Gallegos, Blanco y Betancourt... De esos nunca se ha esperado nada... Nos interesan los que en verdad aún tienen vívida la angustia de los países constreñidos por la dic-

tadura militar; los que no abandonan el ruego cálidamente humano de ex-funcionarios gubernamentales...

Sé muy bien que la Asamblea General tiene poderes sólo para recomendar, pero una recomendación de la Asamblea de las NN. UU., en estas horas, sería el aliento mejor que Venezuela y el Perú y algunos otros países podrían recibir ahora. Y no puedo comprender que haya quiénes aduzcan sutilezas reglamentarias para desechar la petición.

Roberto ESQUENAZI MAYO.

Lake Success, N. Y.
Abril 29 de 1949.

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

Décimas a la muerte de mi hermano Gustavo

(En el Rep. Amer.)

Llegó el viento, y en el viento
la voz de todos sabida,
y en un silencio de herida
se fijó el presentimiento.
Con una voz de lamento
pedí esperanza de verte,
pedí a mi Dios de tal suerte
que en un sonámbulo estado
miré tu rostro extasiado
en vísperas de tu muerte.

Te sentí llegar tan quedo
por debajo de la alfombra,
sentí crujir en la sombra
el esqueleto de un dedo;
sentí que tu paso ledo
se quedaba al fin inerte,
y me quedé de tal suerte
que en un silencio absoluto
sentí en un breve minuto
la intensidad de tu muerte.

Estabas en el escaño
como estatua de papel,
en una actitud tan fiel
que por fiel hacía daño;
eras la sombra de antaño
y así pude retenerte
en mi interior de tal suerte
que nada podrá tocarte,
y lograré recobrarte
de los brazos de la muerte.

¿Cómo irás por las oscuras
regiones de lo ignorado?
¿Cómo irás abandonado
por las supremas alturas;
si todas las criaturas
se conduelen de tu suerte
y quisieran retenerte
junto a la selva florida
que hay más allá de la vida
y más acá de la muerte?

¡Ay, visión de oscuridad!
¡Ay, sombra de cielo puro!
Verdad que estaba maduro
el fruto de tu heredad,
pero va mi voluntad
con un designio tan fuerte,
atada a ti de tal suerte
que en esta lucha sin par
te lograré arrebatarte
de los brazos de la muerte.

Y si fuera la fatal
sentencia por Dios fallada

que por esa encrucijada
vaya tu sombra mortal,
purificado de mal
pueda mi amparo ofrecerte
e ir contigo de tal suerte
que por designio divino
se nos ofrezca el camino
que no transita la muerte.

El camino precursor
de aquella tierra anhelada
en que la huerta sellada
nos ofrezca su frescor,
en que no exista el pavor
de que yo vuelva a perderte,
en que pueda poseerte
con suprema plenitud
sin que nos cause inquietud
el recuerdo de la muerte.

Allí contigo tendré
lo que me vedó la ausencia;
la continuada presencia
de tu sér recobraré;
allí contigo veré
la manera de saberte
integrado de tal suerte
a esa indisoluble unión
que empezó en la concepción
y no terminó en la muerte.

Allí veremos los dos
a nuestras sombras amadas,
siendo ya recuperadas
por la voluntad de Dios;
allí escucharás la voz
que mayor dulzura vierte,
que supo reconocerte
como al hijo lacerado,
cuando ibas abandonado
de la mano de la muerte.

En el lazo maternal
volveré a hallarme contigo,
en la cuerda del ombligo
hallaremos la señal
de que lo más esencial
es la sangre que se vierte
en ese designio fuerte
con que Dios nos concibió
y armas de fuego nos dió
para triunfar de la muerte.

A. TORRES-RIOSECO.

Abril de 1949.
Berkeley, Calif.